

III

AURORA

Por pequeño é insignificante que sea su rango en la creacion, merecia el globo terráqueo la atencion con que le honró nuestro célebre viajero. No es ni el tamaño ni el peso precisamente lo que constituye el valor de una criatura, pues esta como hija que es de un poder infinito lleva en la frente el sello de su autor. Tan admirable es un objeto pequeño de la naturaleza como uno grande. En esto estriba principalmente el caracter inherente al poder infinito, como sucede con el sol reflejándose en una gota de agua con tanta brillantez como en el océano. El inteligente cosmopolita no dejó de hacer esas observaciones que le proporcionaba la misma contemplacion de la naturaleza

y en sus solitarias meditaciones debió elevar sin duda el globo terráqueo á la altura que por derecho de nacimiento le correspondia, — su ejecutoria estaba coronada por una diadema divina.

Además, por si misma la Tierra iba poco á poco dando á conocer la grandeza de su origen. Salia insensiblemente de sus pañales primitivos y se despojaba de sus deformidades para elevarse á la belleza. Empezaba á despuntar la elegancia. En otro tiempo las plantas y los animales eran rudos y toscos, sin ninguna clase de atractivos; los árboles severos no tenian ni hojas ni frutos: desprovistos se hallaban tambien los animales de pieles, lanas, plumaje y de todo ornamento. Pero en la época á que hemos llegado, notabanse ya flores y frutos para el primer reino y lujosas vestiduras para el segundo. La familia de los proteaceos dejaba ver en las banksias hermosas ramas fructíferas.

Las mimoseas ofrecian ya las acacias y los jugos que aun hoy se encuentran confinados en la lejania Australia. Los abedules, los carpinos, los nogales, los annos, se elevaban al lado de las palmeras, los pinos, los tejos, y los cipreses, sin estar separados como hoy acontece por las leyes de la distribucion geográfica. En los pantanos, rios y

lagunas se veían también las colas de caballo y los castaños de agua, y las gigantescas flores ninfeáceas abrianya sus hermosas adelfas en la superficie de las mansas aguas.

¿Para qué miradas aparecían aquellas bellezas en la aurora de la Tierra? Para qué oídos las armonías de la naturaleza suspiraban en el rumor de los mares y en el murmurio del follaje? Para quién daban los bosques silenciosos retiros, presentaban encantadoras perspectivas y extendían adamsacadas alfombras por medio de la luz irregular? Sobre qué frentes caía el silencio de las noches estrelladas con la tranquila mirada de la plateada Luna? Para quién eran esos antiguos esplandores? Para quién aquellas irradiaciones del cielo, el verdor de los prados, aquellas brisas perfumadas, aquel estremecimiento del ramaje al temblor de la hoja, aquellos magníficos espectáculos de la tierra y del mar? Para quién aquel sol de los días y aquellas estrellas de las noches; aquel cielo azul, aquellas nubes multicolores, aquellos resplandores dorados de los crepúsculos, aquellas apariciones del arco iris y de los meteoros?... Para quién el trabajo de aquella inmensa naturaleza? Ninguna inteligencia había hecho aun su aparición en la Tierra.

En los países en que hoy irradia el mundo civilizado, en la comarca donde se alza ufana nuestra brillante capital, reinaban entonces las profundas aguas del océano. Los lugares en donde debía estar la Francia no dejaban adivinar ningún indicio de la forma que presenta en la actualidad. Era aquello entonces un conjunto de grandes lagos y de penínsulas. El mar descendía más abajo de París, hasta Bourges; desde Valenciennes á San Ló se podía únicamente seguir á flor de agua la cadena irregular de la formación cretácea. La llanura de Langres estaba formada desde el período jurásico y dominaba este último mar; las cúspides elevadas que Langres debía coronar con sus negras almenas, aquellas en que César debía encender las hogueras á las que Montigny-le-Roi arrebató la chispa de su nombre, las cavernas suspendidas donde Sabino debía surtraerse un día á la cólera del águila romana, aquellas cunas venerables velaban ya sobre las ondas antediluvianas. La antigua Auvernia, lo mismo que la Bretaña á su izquierda y á su derecha los Alpes, se había elevado desde los siglos lejanos de la época primitiva; pero Lyon, Tours, París y Dunkerque yacían aun en el fondo de las aguas. En la época terciaria es cuando

aparecieron aquellos terrenos en la superficie para una duracion, si bien no definitiva, al ménos muy respetable.

Los predecesores de las especies animales que viven aun en nuestros dias se escalonaban segun la fecha de su aparicion. Despues de la vida de las aguas habian venido los anfibios; despues de estos vinieron los seres nacidos para la tierra firme; tan cierto es que nada hay fortuito en la creacion y que la sucesion de las especies fué ordenada por la autoridad de las leyes eternas. Los primeros cuadrúpedos mamíferos fueron paquidermos; Palootherio, Anoplotherio, Xiphodonte, séres intermedios por su organizacion entre el rinoceronte, el caballo y el tapir. Del tamaño de un caballo el primero, con una cabeza de tapir adornada con una trompa carnosas de ojos pequeños y lánguidos y con piernas muy gruesas. Tenia por el contrario el segundo las piernas muy largas y además una cola de un metro de largo que le hacia las veces de timon para atravesar los lagos y los rios. El tercero se asemejaba á una gamuza esbelta, medrosa y ligera. Existia tambien el Lofiodonte, cuyo tamaño variaba segun las especies, desde el del conejo hasta el del rinoceronte; el Chiropotamo vivia en los rios. En los

mares, donde el Mosasauro, cuya mandíbula de un metro de larga llevaba el sello del periodo cretaceo, y asomaba á ratos una cabeza enorme fuera del agua, otros cetaceos mas tranquilos, los Delfines, eran los reyes del líquido elemento. Relativamente á nosotros la poblacion de la Tierra conservaba el carácter que nos admiró precedentemente en las épocas anteriores.

Cuando llegó el Cometa cerca de la Tierra, en la aurora de la última época, en el periodo eoceno (*εως*, aurora; *καινος*, reciente), pudo contemplar pasajes en los cuales se desarrollaba la vida en la plenitud de sus progresos. En aquel espectáculo se reveló la ley de los destinos; dedujo que una voluntad desconocida dirigia la formacion de aquel pequeño mundo y preparaba una morada para algun nuevo ser digno de recibir el cetro de un mundo.

Depurada ya la atmósfera podia el Sol derramar á manos llenas sus rayos generadores; las aguas plácidas y silenciosas reflejaban un cielo puro; mil plantas hacian ondular en el aire sus verdeantes penachos, y flores primitivas se miraban á la orilla de las aguas. Retozaban ya en los campos los rebaños y los alegres habitantes del aire encaminaban su vuelta á elevadas regiones.

Irradiaba la vida en su aurora y las estaciones empezaban ya á deslindarse. Reconoció que el régimen y gobierno de la Tierra se aproximaba ya de un modo visible al de los mundos superiores. Acostumbrado como todos los cometas á pasar del extremo del calor al del frío, á acercarse al Sol en cada uno de sus ardientes estios y á separarse de él á distancias prodigiosas, en sus inviernos mil veces mas frios que los nuestros, por un sentimiento de bondad natural, sentia una verdadera satisfaccion al ver ciertos mundos libres de tales rigores ⁴. Hallábase la Tierra en la afortunada condicion de los planetas.

+ Debíó con todo extrañarse de semejante uniformidad. Es tan larga la eclipse de algunos Cometas que en la época de su afelia deben sufrir un frío tan intenso, del que no podemos formamos idea, mientras que tan cerca del Sol pueden pasar en su perihelio que sufren un calor inconcebible tambien. Newton calcula que el Cometa de 1680, recibió al pasar junto al Sol veintiocho mil veces mas calor del que recibimos nosotros en el solsticio de verano, y que su temperatura debió ser dos mil veces mas elevada que la del hierro candente. Añadia Newton que el destino de los Cometas era caer en el Sol para mantener su ignicion. El autor de las *Cartas de la Tumba* aludiria tal vez á este fin deplorable cuando escribia lo siguiente : « Un poderoso cometa, » mayor que Júpiter, aumentó de volúmen en su trayecto amal- » gamándose seis cometas mas. Desviado de su camino ordi- » nario por estos pequeños choques, no pudo volver á tomar

Esta consideracion la unió mas íntimamente aun á los demás mundos y de esto resultó cierto sentimiento de alegría en el espíritu del Cometa á favor de la Tierra. La categoria de esta empezaba á dibujarse.

Aquellos progresos, lentos, pero sensibles, proporcionaban al astro viajero goces maternales que no habia experimentado hasta entonces. Cuando por primera vez en un viaje ó por efecto de cierta colocacion de todos los planetas importantes detrás del Sol, se hubo aproximado mas que nunca á este astro, notó la existencia de otros dos planetas entre la Tierra y el Sol, Vénus y Mercurio; no fijó la atencion en estos mundos, ni se permitió la satisfaccion de seguir paso á paso las fases de su desarrollo, los olvidó como si hubieran permanecido en el caos y no se interesó mas que en la observacion de nuestra Tierra. Otra vez, al pasar junto á Marte, observó en este globo una creacion muy análoga á la de la Tierra y que podia excitar del mismo modo la curiosidad de un viajero. La misma indiferencia que ma-

» bien su órbita elíptica, de modo que el pobre fué á estre-
» llarse en el centro devorador del Sol... Se cuenta que el
» desgraciado Cometa, quemado vivo, lanzaba espantosos
» gritos. »

nifestó por Vénus y Mercurio, tuvo también por Marte, á quien dejó volar solitariamente en su órbita ideal, para no ocuparse mas que del globo terráqueo en las épocas de su paso en las regiones en que se agita. Esta sencilla observacion basta para dar á conocer que decididamente habia salido nuestro Cometa de su pasada indiferencia hácia nosotros, y que de allí en adelante iba á fijarse en todo lo que pudiera tener relacion con nuestro globo.

Fué en la época de su centésimo viaje á contar desde el primero que hemos referido al principio de esta narracion, es decir hacia el año 304,689, cuando el brillante Cometa habia asistido al preludio de la gran época geológica que precedió á la en que nos hallamos hoy. 50,000 años despues veia desaparecer esa faz eocena. Dos mil siglos antes de nuestra era, llegaba en medio del período al cual se ha dado el nombre de mioceno.

¡Aurora, mañana de la vida, origen luminoso! Mas tarde, las formas de la existencia habrán revestido sin duda una elegancia mas esquisita, una belleza mas perfecta; pero en aquella época se siente la raíz de la primavera universal subir desde todas las raíces para elevarse á todas las cimas. Mas adelante el progreso incesante conti-

nuará su obra; pero entónces todas las fuerzas de la naturaleza se hallan en plena virilidad y prepararon á la esperanza un espectáculo que ninguna otra época le podria presentar en el porvenir.

Si nuestros siglos son segundos en el reloj gigantesco de los cielos, y si el *día* de la Tierra, en el órden astronómico, debe igualarse á millares de siglos, ¿causará extrañeza que la aurora de semejante día se cuente con la misma medida y que se haya extendido en una larga série de siglos? Los períodos efimeros por los que medimos las faces de nuestra vida actual, son medidas insignificantes en la vida de la naturaleza; un siglo no se apercibe siquiera en la frente de este ser siempre jóven; diez siglos, ciento, no marcan en él ninguna arruga.

Para medir los primeros años de un globo mil y mil veces secular, se hallaba el Cometa en condiciones mucho mejores que las en que nos hallamos en la Tierra, y tal es la feliz posicion de los cometas en general. Su vara de medir era de mas de tres mil años, puesto que ya hemos dicho que este período cuando ménos mediaba entre una y otra visita, y esto, repetimos, le daba

naturalmente una escala cronológica respetable y muy á propósito para servir de unidad de medida á las evoluciones terrenales.

Á pesar de este largo intervalo, tan grande á nuestra vista, pero tan pequeño en la duracion indeterminada de las creaciones celestiales, le sucedió á veces no notar ni el más ligero cambio en el aspecto terrestre entre dos tránsitos sucesivos, tal era la lentitud con que se verificaban los cambios; le sucedia á veces observar las mismas escenas, los mismos paisages, los mismos vegetales y las mismas especies animales, como si los seres que habia visto tres mil años ántes estuviesen aun en vida y en la misma edad. Si esto le sucedia á pesar de la larga duracion de su año, ¿qué hubiera sido en un período de revolucion mas corto? Le hubiera sido completamente imposible estudiar de un modo conveniente esta creacion lentamente progresiva.

Á estas ventajas inherentes á su naturaleza cometaria, reunia otras no ménos importantes: como el poder comparar los demás mundos al nuestro. Habiéndose formado en las regiones heliacas del sistema, en una época en que los planetas mas lejanos florecían ya en el seno de una esplendorosa carrera, no pudo asistir al

nacimiento de ninguno de ellos, pues todos eran ya mayores que él y siempre los habia visto en la plenitud de la vida.

Neptuno, el astro mas lejano y mas antiguo de todos, habia pasado ya su mediodía. En las regiones lejanas en que se encuentra, la Tierra se hubiera helado y esterilizado de repente; pero en virtud de la variedad de accion de las fuerzas de la naturaleza (naciendo siempre los mundos en armonia con el lugar de su destino) vivia Neptuno en los desiertos de su vida especial, con años iguales á mas de un siglo y medio terrestre.

Urano, mundo mas jóven, se hallaba en el centro de su jornada: era otra vida bajo otros aspectos, vida incompatible con la precedente, lo mismo que se diferenciaba esencialmente de las sucesivas. En sus mas aventuradas temeridades, no alcanza nunca la imaginacion humana á elevarse á la posibilidad de existencias diferentes de la nuestra, é impotente se halla siempre para representarse las formas desconocidas. Alrededor del mundo uránico gravitaban cuatro lunas retrógradas que semejantes á su soberano contaban ya en el pasado de su cronología las fases que habian desaparecido de su primera juventud. Cada año

uránico es igual á ochenta y cuatro años terrestres.

Saturno, segun hemos visto ya, se hallaba en el seno de su esplendor y se elevaba aun de perfeccion en perfeccion. Decir que los Saturneos marchaban á grandes pasos hácia el apogeo que habian alcanzado ya los Uranios, seria sin embargo hablar sin propiedad, porque la perfeccion de un mundo no es la perfeccion de otro y ni en ninguna época de su larga historia, se hubieran podido colocar los mundos en una sola série y dar á cada uno el número de órden en una misma escala. Cada mundo tiene su destino especial, como tambien medios especiales para cumplirlo. Los Saturnios tienen años treinta veces mas largos que los nuestros y ocho satélites dan á su calendario ocho meses lunares.

Júpiter se encontraba entonces en plena juventud, lleno de fuerza y vigor. De seguro que habia pasado hácia largo tiempo por el período correspondiente al que entónces atravesaba la Tierra y con mayor lentitud era como se oian los latidos de su fuerza vital. Su año era doce veces mas largo que el nuestro; guardaba su primitiva primavera perpetua, mientras que las estaciones comenzaban á hacerse sensibles en

la superficie del globo; cuatro lunas rápidas circulaban á su alrededor exuberantes como el de una vida escepcional.

El Cometa habia observado todo esto ántes del dia en que la Tierra se le apareció por primera vez y esta fué sin duda una de las causas que motivaron su desden. Lo que mas efecto produjo en su ánimo y lo que hizo mas daño á la buena forma de la Tierra era la pequeñez del globo terráqueo al lado del de Júpiter; la Tierra le hacia el efecto de una luna perdida y por esto creyó que no merecia llamar su atencion. Y es que existe en efecto una diferencia notable entre las dimensiones de Júpiter y las de la Tierra.

El diámetro de Júpiter es once veces mayor que el de la Tierra, lo cual le dá una superficie ciento veintiseis veces mayor y un volúmen mil cuatrocientas catorce veces mayor tambien. Hallábase Marte en aquella época, en una condicion semejante á la de la Tierra; aun cuando era mayor en edad, no habia crecido mucho y se detuvo algo en su primer desarrollo, y además como el astro melenudo habia hecho de la Tierra el objeto de sus primeras investigaciones, en virtud de un estado general que se podria llamar inercia moral, siempre se fijaba en nuestro globo

y ningun otro hubiera podido excitar mas vivamente su curiosidad. La Tierra pues fué el humilde objeto de todas sus investigaciones.

La Luna estaba entónces habitada por el pequeño pueblo de los Solenitas. Pero se concibe que ese mundo era verdaderamente demasiado pequeño para llamar por algun tiempo la atencion del magnifico viajero.

Á pesar de estas excelentes disposiciones en nuestro favor, un acontecimiento, que es preciso esperar siempre que suceda un dia ú otro en la vida de los séres, estuvo á punto de poner término á las observaciones tan perseverantes é instructivas del cometa. Hay en los habitantes del espacio ciertos actos que pueden corresponder á los de nuestra vida. Hablaremos un momento de este, pues no dejaba de ser de alguna importancia: se trata del *matrimonio* de nuestro Cometa.

Hacia veinte y siete mil años que un soberbio aerolito esbelto y bien plantado, veia pasar allí á lo léjos, en los desiertos del espacio, al errante cometa; — la soledad atrae las ideas y se hubiera podido tal vez inferir que solitario como él, se sintió arrastrado hácia el astro de dorada y larga cabellera. Durante veintisiete mil años, aquel bólido,

uno de los gigantes de su especie, aproximó su órbita á la del cometa, en virtud de la gravitacion universal (esas gigantescas piedras metálicas celestes giran alrededor del Sol como los cometas). No fué sino al cabo de tan largo periodo cuando aproximándose á él, recorrió el meteoro cinco mil leguas en ménos de un minuto, atravesó zonas cada vez mas densas cercanas al centro de gravedad y formó desde entónces el *disco* del Cometa. ¿Fué aquello el origen de otros muchos cometas? Es lo que la historia no dice; y por otra parte los filósofos que han procedido en este punto por una analogia poco legitima han caido en una ridicula exageracion. Pero éualquiera que sea el modo de nacer de los cometas, lo cierto es que existen mas hoy en el cielo que peces en el mar; y para afirmar esta verdad tenemos á Kepler. Qué sucederia si aumentara siempre el número de ellos sin reglas ni limites? Es necesaria cierta dosis de firmeza de espíritu para ver con sangre fria esa multitud de astros que se cruzan en su vuelo rápido y no puede uno entonces ménos de preguntarse como es que sus órbitas multiplicadas, cortando la órbita terráquea en todas direcciones, no suceden choques mas frecuentes entre los planetas y los cometas.

Ya no volveremos á hablar mas de este acontecimiento. Queda para nosotros el cometa lo que era, el único personaje en acción. El bolido fué absorbido por él, y por lo tanto no existe ya individualmente.

Un autor vulgar diria que por aquel entonces fué cuando vino el primer pato á barbotar en las aguas cenagosas en el sitio en que debia estar un dia la Francia. El cometa, mas fino y de una educacion enteramente clásica, saludó la aparicion de la familia de las palmipedas junto á un rio en el cual Lutecio (*lutum*, barro) debia un dia amarrar su barca. Graznaban las ranas, saltaban las salamanquesas y por primera vez ondulaban las culebras. Las cigüeñas, las flamencas, todas las aves de ribera se colocaban aristocráticamente en un pié. Los cuervos rayaban el aire con un vuelo de lúgubre estremecimiento, los mirlos silbaban, los gorriones parecia como que aguardasen las migajas del transeunte, y otras aves mas alegres habitaban ya en las florestas profundas y colocaban sus primeros nidos en las ramas. Las marmotas, las ardillas, los ratones, los castores, los caballos, los perros, los gatos y los coatis inauguraban la série del reino inofensivo que debia subsistir despues de la época de

la creacion del hombre, y los primeros monos trepaban en las ramas flexibles de las enredaderas : eran el piteco, el dryopiteco y el misopiteco, cuyos gestos y visajes horripilantes anunciaban de léjos los abogados de todas las causas de la humanidad futura.

IV

LOS PARISIENSES ANTES DE PARIS

En virtud de su larga y concienzuda observacion, tienen los Cometas la muy admirable costumbre de no fiarse nunca mas que de lo que ven por si mismos y que su razon clara é imparcial puede admitir. No tienen preocupaciones y jamás se les podrá tachar de ocultar lo que piensen para agradar á algun protector. Viajeros independientes pasan su vida en la observacion comparativa y tal vez sean los hijos del cielo mas eruditos. Así para dar clara muestra de la prudencia con que proceden en todo, haremos observar que á pesar del bénevolo afecto que profesaba á la Tierra, á pesar del estado de espíritu en que se hallaba y la satisfacoion que hubiera experimentado al saludar al primer *ser*

inteligente que hubiera podido apereibir en la superficie de este mundo tan ricamente preparado, nuestro Cometa, buscando este sér al fin del período terciario (es decir hácia el año ciento cuatro mil cuatrocientos noventa), buscando, digo, un habitante superior, mas ó ménos parecido á los que en otros globos existian, pero no encontrando ningun indicio de su presencia, llegó en justicia á creer de buena fé que ese ser no vendria nunca y que la Tierra, por hermosa y engalanada que entónces estuviera, brillaba para el espacio ciego.

La isla de Francia habia brotado ya del seno de las aguas. Como acontece á los génios superiores que presienten con frecuencia el destino futuro de los mas humildes imperios, asi tambien el Cometa sintió como una especie de atraccion hácia aquella parte del mundo. Por dos veces habia cubierto ya el mar aquellos nobles terrenos; pero la configuracion geográfica que debian guardar acababa de recibir únicamente su carácter definitivo bajo el punto de vista del litoral. En el sitio que Paris debia ocupar un dia, observó el Cometa los muy antiguos é ilustres predecesores de los Parisienses: los hipopotamos berreaban en las lagunas, los megaterios (*mega*, grande; *therion*, animal), los

camellos y otros rumiantes empezaban á hacer sus emigraciones; los ciervos de gigantesca cornamenta y las rápidas gacelas se buscaban y se escondían en los bosques umbríos. A orillas del Sena, en los paseos en que mas tarde los elegantes debían ostentar sus espléndidos trajes y sus elegantes modales, se veían los pavos reales, primeros tipos de la vanidad, y no lejos de ellos apercibíanse las cigüeñas marchando con planta altanera.

La poblacion era como hoy muy variada. Las tortugas se cruzaban con las liebres, los perros echaban una desdeñosa mirada á los gatos y las ocas pequeñas iban en pos de las grandes; los grajos, sin embargo, no habían aprendido todavía el adornarse con plumas ajenas. Pero los caballos retozaban libremente en las llanuras dejando flotar al viento sus blancas y pobladas crines; los bueyes vivían juntos en manadas; veíase á las terneras bajar á beber al torrente y pasar de uno á otro prado; los graves elefantes, los decanos de la época, visitaban soberanamente los paisajes de su tranquilo imperio. Para dar la última pincelada á este panorama, que pide ya la presencia del hombre, las nieves de las lejanas montañas se elevaban hasta las nubes en

el horizonte; en primer término se veían los negros abetos dominando el bosque, los olmos y las encinas se adornaban ya con sus frondosas hojas, los tilos y los álamos se elevaban esbeltos en mitad del campo y el sauce inclinaba sus ramas á orillas de la murmuradora fuente.

La variedad que reina de un mundo á otro es inmensa, y las producciones de la naturaleza en una tierra no se parecen en nada á las de otra. La materia que constituye los seres es una cosa pasiva, de una obediencia sin igual, y que se amolda prodigiosamente al capricho de la fuerza que la rige; la fuerza tan solo es la soberana. Por esto sucede que existiendo las fuerzas naturales en diferentes grados de intensidad ó de asociacion en los diferentes globos, han producido en ellos seres esencialmente distintos unos de otros. A pesar de esta variedad necesaria é indefinida, pudo fácilmente reconocer el Cometa que la Tierra se iba aproximando al estado definitivo en que se hallaban ya sus demás compañeras del espacio y en el que el huésped viene á tomar posesion de sus estados. No se parecía á los otros planetas, pero conservando un carácter especial, era visible su preparacion. Así como en una série de habitaciones diferentes, amuebladas con gustos, modas

y caracteres esencialmente distintos y aun opuestos, el ojo escrutador conoce sin gran trabajo si están preparadas para ser habitadas pronto.

Sin embargo, se nos querrá creer si decimos que el Cometa tuvo que esperar aun una trentena de sus años, de tres mil de los nuestros, para que se empezaran á realizar sus esperanzas? A veces hizo algunos descubrimientos engañosos; creyó ver á veces algun indicio de mano humana; á veces creia distinguir, á la distancia en que se hallaba de la superficie terrestre, bandas de seres nuevos que parecian revelar la creacion tan deseada; eran quimpanzes, gorillas, macacos y orangs; entónces conocia su equivocacion y caian por tierra sus ilusiones. Hubo una época, durante los años cuarenta y cuatro mil ciento sesenta y cuatro, cuarenta y un mil noventa y nueve, treinta y ocho mil treinta y cuatro y treinta y cuatro mil novecientos sesenta y nueve, que nadó en un mar de esperanza. Así como se observa á veces en el mes de Abril algunos dias de verano bellos y luminosos que empiezan ya á despuntar, la luz, el calor y los aromas descender en la atmósfera entibiada, del mismo modo en aquel mes de Abril de la Tierra, hubo una era anticipada. Una especie revestida al parecer del carácter de mando florecia

en las risueñas llanuras de un gran continente, que desapareció despues; ya se ordenaban á su alrededor los rebaños, como si dijéramos en una especie de domesticidad consentida; ya parecian propicios los elementos para la instalacion del gran monarca y favorables á su establecimiento; pero era un fruto prematuro, y el Cometa bien vió que aquello no eran hombres.

Se hubiera podido dar tal vez á esos seres primitivos de los cuales acabo de hablar el nombre de Trogloditas, si consideramos que vivian en las cavernas naturales, ya en la falda de las montañas, ó ya en la soledad de los bosques y que jamás colocaron una piedra sobre otra para erigir la mas pequeña construccion. Tal vez fuesen el origen de la raza humana y el punto ó linea de transicion con las razas animales anteriores, pues *Natura non facit saltum*. Pero el viajero observador no pudo resolver este misterio. Durante los cuatro años que acabamos de marcar, los observó sin llegar á darse cuenta de la realidad de su naturaleza y cuando en el año treinta y un mil novecientos cuatro ántes de nuestra era volvió á su perihelio, habian desaparecido ya aquellos seres misteriosos y en vano buscó sus huellas ó sus sucesores en la Tierra.

Veíanse también á veces pasearse grandes monos, con el baston en la mano, por las selvas vírgenes, y á veces también dos grupos armados de enormes palos encontrarse en un bosque y darse una tunda recíproca y soberana; los muertos y los heridos allí se quedaban y se les olvidaba sin ninguna clase de compasión. En otro lugar se veían diferentes monos jugar entre ellos de un modo inocente y amistoso, aunque á veces pérfido, lo que denotaba ya cierta inteligencia. Muchos de esos jugadores se complacían á veces ir á hostigar á algun cócodrilo dormido, el cual despertándose sobresaltado los veía huir á todo correr divirtiéndose él también á la vez en avanzar una pata y comerse la cabeza del mas pequeño ó del menos listo de entre ellos. Mas allá se veían grupos numerosos que celebraban alegremente, tal vez la boda de algun personaje importante de la compañía. Verdaderamente estos fueron entonces los únicos seres que llamaron verdaderamente la atención del Cometa. Se los hubiera quedado mirando durante cincuenta mil años sin cansarse. Los restantes no aparentaban tener ni la cuarta parte de su inteligencia. Caballos, elefantes, perros ó gatos, parecían mas dóciles, y tal vez andando el tiempo educados por el hom-

bre podrían elevarse sus facultades al nivel de esas razas domésticas, mas inteligentes que la de los monos; pero en aquella época, aquellas eran sin disputa alguna las primeras de la creación.

Divisó mas tarde en las ardientes comarcas del ecuador, otros seres que ofrecían un gran parecido con los precedentes. Eran negros como ellos, vivían también en pequeñas familias en los desfiladeros ó en los briques, se mataban recíprocamente de vez en cuando, daban caza á las aves del cielo y permanecían ocultos durante la noche. En dos cosas se diferenciaban un poco de los anteriores: en que los primeros se divertían mucho, mientras que los segundos parecían estar siempre de un humor feroz, y que encendían á veces unos palos en un pequeño volcan mientras que los otros no lo habían probado nunca. A parte de esto se parecían como dos gotas de agua.

Por una de las mas felices coincidencias, como no se encuentran mas que en las novelas, nuestro Cometa, que se aleja del Sol, segun hemos dicho, á quince mil millones, trescientos ochenta y siete millones, ochocientas mil cuatrocientas leguas, se encontró, el mismo año en que hizo la prudente observacion, con un gran Cometa

parabólico¹, que venia del Sol α del Centauro, vecino nuestro, que no dista de nosotros, como se sabe, mas que unos ocho trillones seis cientos tres mil millones, dos cientos millones de leguas de aquí. Aprovecharon aquel raro y feliz encuentro para ir un rato juntos y el Cometa del Centauro acompañó al nuestro hasta la órbita de Neptuno. No hablaron mas que un momento cometario, es decir durante unos tres cientos noventa años únicamente; pero aquel breve instante bastó para que nuestro Cometa se pusiera alegre y contento, porque su comadre, que tenia mucho talento, le aseguró que si habia visto encender fuego en la Tierra, tenia derecho para deducir que en ella existia ya una raza inteligente.

Hablaron tambien de los reinos extra-neptunianos, y el cometa parabólico dió clara muestra de gran erudicion y de profunda experiencia; por

¹ Se llaman cometas parabólicos aquellos que en vez de seguir alrededor del Sol una curva cerrada y de volver á pasar periódicamente por los mismos sitios, se apartan de la figura elíptica para no volver mas. Aljarse entónces á distancias indeterminadas, salen de la esfera de atraccion de nuestro Sol, entran á veces en el dominio de otro y le pertenecen por cierto tiempo; despues caen de nuevo en otro sistema y continuan de un modo irregular su carrera vagamunda.

que nada mejor hay como los grandes viajes para instruirnos sobre el valor relativo de los diferentes países. Pero por otra parte dan á veces ménos solidez á nuestros juicios sobre ciertas verdades absolutas, independientes de las nacionalidades, y ese Cometa de paso fluctuaba en la duda cuando se trataba de esas graves verdades. Por eso el nuestro resolvió estar en guardia contra las atracciones del desconocido y no hacerse nunca parabólico. No referiré sus discusiones sobre los extra-neptunianos, puesto que están mas allá del límite de nuestro alcance. Nuestras mas lejanas miradas, — hablo de miradas telescópicas, — no van mas allá del Tridente, cuyo centro se limita á un imperio de dos mil millones, tres cientos millones de leguas de distancia.

A su vuelta siguiente, nuestro intrépido viajero auguró bien de la Tierra desde que á ella se acercó. Aquella Tierra querida se presentaba al Sol naciente bajo el aspecto mas bello y espléndido que habia visto nunca. Resplandecia llena de juventud y claridad en el límpido cielo. Las llanuras verdeaban como en la mañana refrescada por el rocío; abrianse las flores, y los bosquecillos amenos ofrecian al lado de la azucena las rosas abiertas ya. Ciertamente que aquello era la última

época, el período cuaternario que empezaba.

Si los volcanes que aun humeaban eran numerosos en el centro de las cordilleras y si los vapores rojizos subian en torbellinos hácia el cielo; si la Tierra temblaba aun y parecia como estudiar sus entumecidos miembros; si pesados paquidermos hollaban el terciopelo esmaltado de los prados, mientras que los tigres rugian en el vasto desierto; si los grandes cazadores alados caian sobre séres pequeños y temerosos para devorarlos, mientras que el mar salado encerraba en su seno monstruos inexorables, estriba esto en que la Tierra no debia ser un mundo perfecto, sino que debia permanecer como un mundo inferior, en que la *ley de muerte* reinase, ¡ay! como condicion necesaria de la ley de la vida. Pero veian bien claro que los tipos primitivos informes habian desaparecido siendo reemplazados por otros mas adelantados y establecidos en una base definitiva. Bien claro estaba que desde el monte al llano y del bosque al mar habia llegado la hora de ocupar aquellos lugares un huesped capaz de apreciar el valor de semejante mansion.

Preocupado siempre por ver al fin en la Tierra séres capaces de comprender la belleza de aquellas grandiosas escenas, criaturas nobles y pode-

rosas cuya frente estuviese iluminada por la sacra aureola del pensamiento, nuestro Cometa no dejaba ni un instante de velar. Bien habia visto, seis años cometarios ántes, á algunos bípedos de pelo pardo pasar de una á otra caverna y hacer largas cacerias; bien observó al año siguiente, otros séres armados de arcos, de flechas, hachas y cuchillos de sílice, reunirse en ciudades de barro y beber en los lagos como los castores; pero no podia resignarse á creer que la raza humana no tuviese otros representantes. En cada uno de estos viajes perihélicos abarcaba con sus miradas el conjunto del globo en cada una de sus comareas y su corazon palpitaba á cada instante ante un descubrimiento ilusorio. Hacia cincuenta mil años, diez mil sobre todo, que aguardaba para ver aparecer al hombre; bien merecia recibir al fin su recompensa.

En los fértiles valles bañados por los afluentes superiores del Ganges y del Indo, mas allá de las gigantescas cordilleras del Himalaya, una primavera perpetua derrama su benéfica influencia. El zodiaco iranio toma su origen en un punto del cielo que marcaba el solsticio en el año de 19337. Dos grandes razas vivieron mas tarde bajo aquella institución del primer calendario astronómico.

En la época en que pasó el Cometa estaban aun reunidas aquellas dos razas : eran los Aryas, tribus nómadas que reconocieron inmediatamente como superiores á las precedentes; además de su forma exterior mas adelantada, manifestaban por signos indubitables una conciencia inteligente. Habíanse congregado las familias en poblaciones, y aquella vida nacional primitiva, que lleva sus tiendas de una á otra plaga, se dirigia hácia el Sol. Era el despertar del Oriente; y allí quizás la cuna de la inteligencia. ¿Acababa Dios de poner la mano en su última creacion para hacer resplandecer en su frente el signo eternamente imperecedero de la conciencia? Ó no habia tocado aun la frente de aquella criatura demasiado jóven aun?... No se dá el uso de la razon al niño al dia siguiente de su nacimiento.

Cuando se arroja una bellota en el humus fértil, pasan los años y abren el gérmen secreto. Muchas nieves blanquean el suelo del bosque, muchas primaveras derraman su rocío y muchos julios envian su calor saludable á los frondosos árboles. Despues de mucho tiempo trascurrido vemos á una tierna encina mecerse al soplo del viento y los pajarillos que en ella se posan hacen cimbrear su débil tallo. Pero si pasan los siglos

por la creciente copa del vegetal, con los siglos vendrá tambien la verdadera grandeza del árbol de inmensas ramas. A su sombra vendrán á sentarse las generaciones y las cifras llegarán á ser impotentes para señalar el número de sus años. Del mismo modo en la naturaleza todo crece con lentitud; así tambien en la obra divina todo progresa segun la noble sucesion de los tiempos.